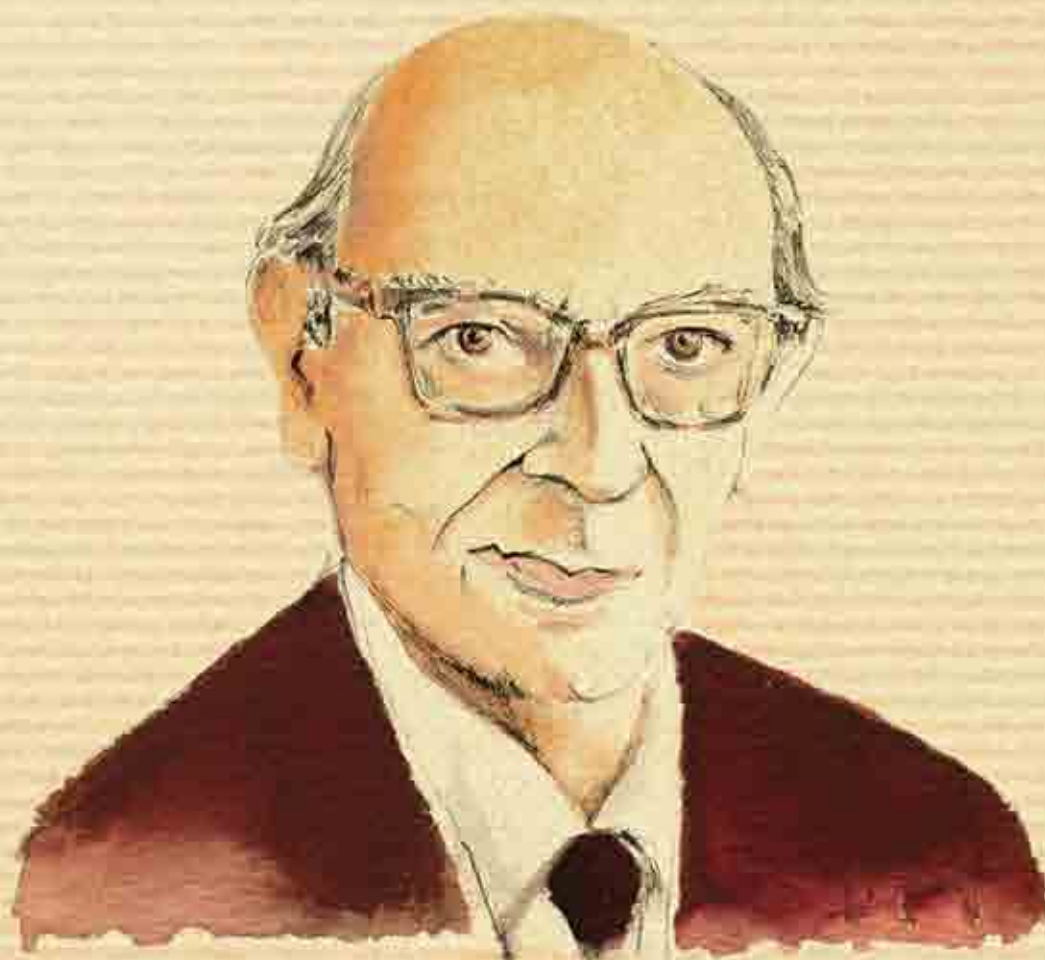


CUADERNOS DE CIENCIAS POLITICAS

No. 1

**“Lecturas en torno a
ISAIAH BERLIN”**



Departamento de Humanidades
Pregrado en Ciencias Políticas



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

CUADERNOS DE CIENCIAS POLITICAS

Adolfo Eslava
Coordinador general

“LECTURAS EN TORNO A ISAIAH BERLIN”

Alejandra Ríos
Editora académica

Departamento de Humanidades





Juan Luis Mejía Arango

Rector

Julio Acosta Arango

Vicerrector

Hugo Alberto Castaño Zapata

Secretario General

Jorge Alberto Giraldo Ramírez

Decano, Escuela de Ciencias y Humanidades

Liliana María López Lopera

Jefe, Departamento de Humanidades

Adolfo Eslava

Jefe, Pregrado en Ciencias Políticas

ISBN:

Diseño, diagramación e impresión

Pregón Ltda.

UNIVERSIDAD EAFIT

Misión

La Universidad EAFIT tiene la Misión de contribuir al progreso social, económico, científico y cultural del país, mediante el desarrollo de programas de pregrado y de postgrado -en un ambiente de pluralismo ideológico y de excelencia académica- para la formación de personas competentes internacionalmente; y con la realización de procesos de investigación científica y aplicada, en interacción permanente con los sectores empresarial, gubernamental y académico.

Valores Institucionales

Excelencia:

Calidad en los servicios ofrecidos a la comunidad
Búsqueda de la perfección en todas nuestras realizaciones
Superioridad y preeminencia en el medio en el que nos desenvolvemos

Tolerancia:

Generosidad para escuchar y ponerse en el lugar del otro
Respeto por las opiniones de los demás
Transigencia para buscar la conformidad y la unidad

Responsabilidad:

Competencia e idoneidad en el desarrollo de nuestros compromisos
Sentido del deber en el cumplimiento de las tareas asumidas
Senseatez y madurez en la toma de decisiones y en la ejecución de las mismas

Integridad:

Probidad y entereza en todas las acciones
Honradez o respeto de la propiedad intelectual y de las normas académicas
Rectitud en el desempeño, o un estricto respeto y acatamiento de las normas

Audacia:

Resolución e iniciativa en la formulación y ejecución de proyectos
Creatividad y emprendimiento para generar nuevas ideas
Arrojo en la búsqueda soluciones a las necesidades del entorno

CRÓNICA DE UNA CATÁSTROFE NO ANUNCIADA

Consideraciones de Berlin sobre los movimientos nacionalistas

Carlos Andrés Zuleta Zea

Universidad de Antioquia - Estudiante de Filosofía

Cualquier comentario que enaltezca la obra de Isaiah Berlin quedará corto ante la irreprochable importancia de su legado intelectual al fortalecimiento de la tradición del pensamiento liberal y, por sobre todas las cosas, por su decidida e infatigable lucha por defender y robustecer, desde la perspectiva teórica, las denominadas libertades individuales. Es considerado por muchos uno de los hombres más destacados de su época, no sólo por su atrayente personalidad, plasmada en su amable escritura, sino por sus envidiables dotes de filósofo, teórico político e historiador de las ideas. Nunca dejó de ser un judío letón de ciudadanía británica con un gusto admirable por la literatura rusa. Plasmó sus ideas, apelando como pocos, a la brevedad y concisión del ensayo y no a los fatigosos escritos sistemáticos. Su alumno y posterior editor, Henry Hardy, a quien muchos de nosotros le agradecemos profundamente su devoción y tenacidad a la hora de enfrentar la fatigosa tarea arqueológica de rescatar los abundantes y dispersos ensayos de los polvorientos anaqueles de su maestro, afirma “era un hombre de formidable poderío intelectual con un raro don para entender un amplio rango de motivos, esperanzas y miedos humanos, y una prodigiosamente enérgica capacidad para el disfrute de la vida, de la gente en toda su diversidad, en sus ideas e idiosincrasias, de la literatura, de la música, del arte”¹.

Su ingenio lo llevó a indagar por una cantidad formidable de problemas filosóficos, todos importantes, muchos de ellos relacionados con temores humanos que fueron extraídos de su basto conocimiento de la historia. Precisamente uno de los motivos de temor humano analizado profusamente por Berlin es el motivo de este corto ensayo: las características del nacionalismo europeo de los siglos XIX y XX y los posibles vínculos que se pueden establecer con el movimiento romántico que se gestó en la modernidad como rechazo a los postulados racionalistas de la ilustración.

1. <http://www.letraslibres.com/index.php?art=12539>. Consultado el 13 de octubre de 2009.

Grandes cambios se venían gestando en las sociedades europeas gracias al vertiginoso y triunfante desarrollo de las ciencias naturales y su aplicación a la industrialización a gran escala particularmente en Inglaterra. Las nociones históricas de movimiento y de cambio fueron retomadas y repensadas a la luz de nuevas nociones como las de progreso constante hacia mejor² o avance continuo de la sociedad humana. La búsqueda común de justificaciones genealógicas, bien fuera para un naciente Estado, para una clase social en ascenso o para un gobernante en ejercicio, y el golpe certero propiciado a las instituciones religiosas y sociales por una cantidad creciente de individuos con posturas reformistas propias de una secular visión renacentista, fomentaron el interés de grandes pensadores en la búsqueda de leyes que rigieran el aparente caos en que estaba sumida la sociedad. Descubrir estas leyes le permitiría al género humano desplegar sus facultades de predicción del futuro y de explicación del paso con la certeza propia del conocimiento científico". Diría Berlin que la predicción" (...) del futuro humano debería ser rescatado de los profetas místicos y los intérpretes de los libros apocalípticos de la Biblia, de los astrólogos y los chapuceros de lo oculto, para convertirse en una provincia organizada del conocimiento científico³.

Se funda así un nuevo grupo de intelectuales que exige a la comunidad letrada avalar, como conocimiento científico, sus recurrentes afirmaciones proféticas del pasado y del futuro. Estos nuevos profetas de bata blanca hicieron toda clase de afirmaciones, algunas alocadas, optimistas e increíbles; otras, conservadoras y mezquinas, muchas desafortunadas y otras pocas respetadas⁴.


Esta fe en el progreso social, producto de la aplicación sistemática de todo el ideario ilustrado racionalista, fue vista con profunda preocupación por los primeros románticos alemanes del siglo XIX. El romanticismo llamó la atención sobre el carácter frío, egoísta y desalmado de un mundo dominado por las posturas racionalistas del siglo XVII y XVIII. Como movimiento intelectual originalmente germano, propuso un cambio radical en el pensamiento que se esparció por casi todas las esferas de la existencia social, política, económica y cultural, e influyó profundamente en los movimientos nacionalistas europeos. Observándolo desde Francia, Henri Brunschwig lo consideró "uno de los movimientos más profundos que han afectado nunca a Alemania"; Ernst Troeltsch creía que "el pensamiento alemán, ya fuera político, histórico o ético, se basa en las ideas de la contrarrevolución romántica"; y Friedrich Meinecke proponía, de forma un tanto arrogante, que "posiblemente es la revolución conceptual más grande que occidente haya experimentado"⁵.

2. Kant, Emmanuel. *Filosofía de la historia*. México D.F., F.C.E., 2004, p. 95.

3. Berlin, Isaiah. *Contra la corriente*. México D.F., F.C.E., 1983, p. 416

4. Berlin cita como ejemplos las afirmaciones de Condorcet sobre el desarrollo de una comprensiva y sistemática ciencia natural del hombre, que conduciría a la abolición del crimen, la locura y la miseria en los asuntos humanos, producidos por la indolencia, la ignorancia y la irracionalidad; de Saint-Simón y el triunfo de un sistema tecnocrático; y de Comte y la creación de una iglesia autoritaria para educar y controlar a la sociedad racional, aunque no democrática o liberal. *Ibíd.*, p. 416.

5. Meinecke, Friedrich. *La idea de la razón de Estado en la época moderna*. Madrid, Centro de estudios constitucionales, 1997, p. 451.



Críticas fueron llegando por montones y desde todos los frentes, no sólo desde el romanticismo. Fourier rechazó los males suscitados por el comercio y la industria y el compromiso de éstos con una competencia económica irrefrenable tendiente a la perversa destrucción o adulteración de los frutos de la labor humana por aquellos que deseaban aumentar sus propias ganancias. Marx dilucidó un futuro donde la concentración y la centralización de los medios de producción en manos privadas, la industrialización y el vasto desarrollo de los grandes negocios, escondidos bajo ropajes hipócritas, desencadenarían grandes y profundos problemas políticos y sociales. Bakunin predijo los grandes levantamientos de los desposeídos, ubicándolos en sociedades atrasadas donde la mayoría de la población estaba en la miseria y no tenían nada que perder con el levantamiento. Increíblemente, el poeta Heinrich Heine, el último de los poetas románticos, afirmaba que un buen día sus vecinos alemanes, acicateados por una combinación de recuerdos históricos y resentimientos con tintes de fanatismo metafísico y moral, caerían sobre ellos y eliminarían los grandes monumentos de la cultura occidental⁶. Jakob Burckhardt anticipó los complejos industriales-militares que inevitablemente controlarían las decadentes sociedades occidentales. Max Weber daba las pinceladas finales de un cuadro social dominado por un Estado burocratizado de gran poder social y Orwell y Huxley apelaron a la literatura distópica como mecanismo de denuncia y profetización de cercanas sociedades totalitarias⁷.

A pesar de todas las aventuras de prognosis que se vislumbraron en el siglo XIX, bien fuera en cabeza de liberales, socialistas o tecnócratas, lo que llama poderosamente la atención es la ausencia de algún vaticinio intelectual acerca de un movimiento que moldeó la suerte de las sociedades europeas en gran parte del siglo XX; un movimiento que socavó los cimientos culturales sobre los que se posaba gran parte de la cultura del viejo continente y que, debido a su impacto, es prácticamente una irresponsabilidad intelectual tratar de explicar el cambio social europeo sin considerarlo. Consumadas apologías y enérgicas diatribas se escribieron al respecto, paseó por los salones de los demócratas, por los clubes aristócratas y por los palacios de monarcas, produjo figuras en casi todos los campos de producción cultural y moldeó masas. Este particular vacío llamó intensamente la atención de Berlin quien conoció en detalle las nefastas consecuencias bélicas de este movimiento. Al respecto escribió “en forma muy extraña, ningún pensador significativo que yo conozca le predijo un futuro en el que pudiera jugar un papel aún más determinante. Sin embargo, tal vez no sería una exageración decir que es uno de los más poderosos, y en algunas regiones el más poderoso, de los movimientos que solos obran actualmente en el mundo; y que algunos de los que fallaron en prever este desarrollo han pagado por ello con su libertad, y aún con sus vidas. Este movimiento es el nacionalismo⁸.”

El nacionalismo pasó de forma avasallante por el mundo, sin embargo, desde sus gestas iniciales hasta su consolidación como una fuerza modeladora de sociedades no fue

6. Berlin, Isaiah. *Contra la corriente*, Op., cit. p. 418.

7. *Ibíd.*

8. *Ibíd.*, p. 419

advertido de manera clara y precisa, como sí ocurriría con otros importantes fenómenos sociales.

La mayoría de los importantes intelectuales citados en párrafos anteriores pudieron hacer referencia a los sentimientos nacionalistas, pero su intuición política les indicó que éste era más un estado social pasajero, transicional, que un movimiento con vocación de permanencia.

La justificación del estado nación como la culminación de un proceso natural de identificación individual con un grupo social y el marcado sentimiento de aversión hacia grupos sociales ajenos, si bien no fueron aprobados por todos los pensadores políticos, sí fueron aceptados, por lo menos, como una fase inevitable de la organización social. Muchos liberales consideraron esta etapa como una nube pasajera “debida a la exacerbación de la conciencia nacional rebajada y reprimida forzosamente por gobernantes despóticos ayudados por iglesias subordinadas”⁹. Los primeros en consolidarse como estados nacionales fueron los pueblos francés, español, portugués y escandinavo; mucho más demorados fueron los pueblos alemán e italiano, que sólo lo lograron entrado el siglo.

Era entonces común la creencia que el nacionalismo era el producto efímero de la frustración del anhelo humano por la autodeterminación, una etapa del progreso humano debida al trabajo de fuerzas impersonales y de las ideologías generadas por ellas. Desaparecidas las causas del nacionalismo (falta de autodeterminación o concentración de las fuerzas de producción) su existencia como movimiento se esfumaría y sólo permanecería como recuerdo. Pero no sólo no se esfumaron sino que fueron incuestionables animadores del cambiante panorama europeo durante los siglos XIX y XX.

Ante la sorpresa que representa el nacionalismo como un fenómeno social del que nunca se anticipó su marcha victoriosa, Berlin indagó un poco más acerca de este fenómeno y creyó hallar en él una serie de características que lo dotaban de gran fuerza.

El nacionalismo es la convicción, en primer lugar, de que los factores que forman a los seres humanos, sus propósitos y sus valores, son determinados por el grupo al que los individuos pertenecen y conforman; el entendimiento de éstos sólo es posible sí y sólo sí se pertenece a un grupo. En segundo lugar, la sociedad es similar a un organismo biológico que para vivir necesita metas comunes, las cuales son absolutas, primordiales y jerárquicamente superiores. Cualquier disputa entre las metas particulares y las comunes se resuelve a favor de las últimas. Las metas comunes pueden ser creaciones artificiales que al ser interiorizadas por los individuos se convierten en una forma de enfrentar la realidad por encima de cualquier otra y permite la constitución de un organismo nacional, ya sea que tome, o no, la forma de Estado: “De lo cual se concluye que la unidad humana esencial en que la naturaleza del hombre se realiza totalmente no es lo individual o la asociación voluntaria que puede ser disuelta o alterada o abandonada a voluntad, sino la nación; que es a la creación y mantenimiento de la nación que las vidas de las unidades

9. Ibid., p. 421

subordinadas, la familia, la tribu, el clan, la provincia, deben estar obligadas, pues su naturaleza y propósito, lo que es frecuentemente llamado su sentido, se derivan de su naturaleza y sus propósitos; y que éstas son reveladas no por el análisis racional, sino por una sensibilidad especial, que no necesita ser absolutamente consciente de la relación única que ata a los seres humanos individuales dentro del todo orgánico, indisoluble e inanalizable, que Burke identificaba con la sociedad, Rousseau con el pueblo, Hegel con el Estado, pero para los nacionalistas es, y sólo puede ser, la nación, cualquiera que sea su estructura social o forma de gobierno”¹⁰.

En tercer lugar, la razón para sostener una creencia, un fin, un valor; para perseguir una política o para vivir de cierta manera es que esa creencia, ese fin, ese valor, esa política o ese modo de vida son propios de una sociedad determinada y no de otras. Esos valores deben ser seguidos porque son propiedad del grupo, de la nación particular y no porque conduzcan a la virtud, a la felicidad, a la libertad o porque sean razonables; son defendidos y justificados porque reafirman a la nación como un grupo social homogéneo moldeado a partir de negarle validez a los valores de otros. Desconocer estos valores es propiciar la decadencia y muerte del individuo, pues sin nación que le nutra éste está condenado a perecer.

Fueron muchos los apologistas que enaltecieron esta forma de enfrentar la vida. Burke afirmaba que el individuo es tonto y la especie es sabia; Fichte aseguraba que el individuo debía sublimarse en la especie a condición de su desvanecimiento¹¹; Schlegel afirmaba que el concepto de nación exigía que todos sus miembros constituyeran, por así decirlo, un solo individuo. En la música, las operas de Wagner recreaban un mundo místico del pasado alemán que exaltaba las fuerzas instintivas y el heroísmo trágico; las nuevas composiciones musicales despreciaban la armonía neoclasicista francesa y la reemplazaban con exóticas escalas, tonos fraccionales y microtonalidades¹². Poco a poco este lenguaje cargado de valores, de emoción y de sentimientos nostálgicos tuvo gran impacto en la conducta de pueblos enteros. Su capacidad de movilización es comparable con la de otros discursos conocidos como el de los derechos humanos, el derecho natural o la lucha de clases.

En cuarto y último lugar, las necesidades de la nación a la que se pertenece se absolutizan y, en caso de ser cuestionadas por los intereses de otras naciones, éstas deben ceder ante los intereses de la propia nación. De no darse esta claudicación, se justifica cualquier acción que permita la destrucción de todo tipo de obstáculos, así el impedimento en cuestión sea otra nación: “Esta es la ideología del organicismo, la lealtad, el *volk* como un verdadero portador de los valores nacionales, el integralismo, las raíces históricas, la *terre et les morts*, la voluntad nacional: está dirigida contra las fuerzas de la ruptura y la descomposición categorizadas en los términos peyorativos usados para describir la apli-

10. *Ibid.*, p. 424

11. *Ibid.*, p. 425

12. Paine, Stanley. *Historia del fascismo*. Barcelona, Planeta, 1995, p. 41.

cación de los métodos de las ciencias naturales a los asuntos humanos –de razón crítica, “analítica”, intelecto “frío”, individualismo destructivo, “atomizador”, mecanismo desalmado, influencias ajenas, empirismo superficial, cosmopolitismo sin arraigo, nociones abstractas de la naturaleza, el hombre, los derechos, que ignora las diferencias de culturas y tradiciones- en breve, todo el catálogo y la tipología del enemigo, que comienza en las páginas de Hamman y Burke, alcanza su cima en Fichte y sus seguidores románticos, es sistematizado por De Maistre y Bonald, y alcanza una nueva altura en nuestro propio siglo en los escritos propagandísticos de la primera y segunda guerra mundiales y los anatemas de los escritores irracionistas y fascistas, dirigidos a la Ilustración y todas sus obras”¹³.


Así las cosas, pueden ser varios los pueblos forjados como una nación que se disputen entre sí la superioridad de sus valores, sin que medie en la disputa un criterio que afirme la superioridad del uno o del otro. Muchos nacionalismos, y así lo vivió el siglo XX, acogieron en su seno posturas racistas que les permitieron afianzar sus valores como aquellos que responden a un criterio objetivo, válido para todo el mundo, y del cual se desprende que es esta nación, y no otra, la que debe prevalecer pues su tradición, sus costumbres, sus formas de vida o su sangre, son la que mejor reflejan los verdaderos valores sociales. El racismo es una teoría que no sólo afirma la existencia de razas humanas, sino que también les confiere una jerarquía bajo el disfraz lógico de la metáfora de la sangre y cuya utilización como argumento fue profusamente esgrimido por los movimientos fascistas de comienzos del siglo XX que condujeron a un narcisismo colectivo impulsado por la idea de una misión superior de naciones históricas elegidas.

Muchos de los movimientos nacionalistas exigieron el afianzamiento de una clase social emergente con ansias de poder cimentado en un entorno de ciega lealtad y de desprecio cultural hacia el exterior. El conocido ideólogo y propagandista del nacionalismo alemán F. M. Arndt lo demostró sin ambages al afirmar que: “En nombre de Dios y de mi pueblo, odio a todos los franceses sin distinción, enseño ese odio a mi hijo, se lo enseño a los hijos de mi pueblo... Toda mi vida trabajaré para que el desprecio y el odio hacia ese pueblo arraiguen lo más posible en los corazones alemanes”¹⁴.

El vínculo entre el romanticismo y el nacionalismo es innegable y es poco acertado afirmar que el movimiento romántico sólo fue un fenómeno literario. Definirlo así puede minimizar su importancia y dificulta su comprensión y su impacto en el modelo nacionalista. En Alemania, el romanticismo, más que surgir de la literatura se vio relegado a ella por accidente dado que sus creadores no tuvieron más remedio que hacerse literatos; en otros países, los principios románticos, al carecer de la base existencial en la que se arraigaron en Alemania, sólo fueron aplicables al arte y sólo en él se adoptaron. A pesar del conocimiento que se tuvo de la marcada influencia de las ideas románticas en Europa en las décadas siguientes a su aparición, nadie nunca anticipó los nefastos resultados

13. Berlin, Isaiah. *Contra la corriente*. Op. cit., p. 426

14. Moritz F. Arndt, citado por: Paine, Stanley. *Historia del fascismo*, Op. cit., p. 41.



que lograron de la mano de movimientos nacionalistas. El desprecio por “el otro” llegó a un punto de no retorno, y su aniquilación fue consigna política, su puesta en marcha azuzó una racionalidad instrumental impecable, que a poco menos de 70 años de su ocurrencia más aterradora, aún nos suscita incógnitas sin responder y temores sin disipar. Que valga la pena no olvidar.

Bibliografía

Berlin, Isaiah. *Contra la corriente*. México, FCE, 1983.

Greenfeld, Liah. *Nacionalismo: cinco vías hacia la modernidad*. Madrid, Centro de estudios constitucionales, 2005.

Hardy, Henry. “*Isaiah Berlín. Una impresión personal*”. <http://www.letraslibres.com/index.php?art=12539>. Consultado el 13 de octubre de 2009.

Kant, Emmanuel. *Filosofía de la historia*. México, FCE, 2004.

Meinecke, Friedrich. *(La idea de la razón de Estado en la época moderna)*. Madrid, Centro de estudios constitucionales, 1997.

Paine, Stanley. *Historia del fascismo*. Barcelona Planeta, 1995.